

la admiracion por el respeto que en lo ostensible se rinde á la mujer, cuando tan fácilmente se abandona y se le entrega á su suerte, frente á frente del vicio y el suicidio.

—Pero bien, esta sociedad en que se depositan esos elementos disolventes, no solo vive y florece, sino que asombra por sus adelantos.

—Esa prosperidad cabalmente se debe á ciertos principios fundamentales inviolables, y que están en la conciencia de la nacion, que forman parte de su mismo sér.

La soberanía local, que impide que la tiranía se propague y consolide, el respeto al hombre, como tal, la propiedad inviolable, la inmigracion de gente trabajadora y honrada, que se incorpora y robustece las virtudes sólidas de los primitivos fundadores de la República y de los sacerdotes de las varias religiones, *sobre todo el respeto á la ley*, restablecen el equilibrio social.

Y son tan poderosos y enérgicos estos elementos, y han creado tan desembarazada corriente, que esos vicios y esa corrupcion no impiden la marcha social, son como la espuma y las basuras que caen en un inmenso rio, que enturbian é inficionan á trechos sus aguas, pero ni detienen su corriente, ni impiden que fecunde las tierras.

—Hasta ahora, *Fidel*, ha visto vd. el anverso de la medalla; falta que examine vd. el reverso.

—Todavía no ha fijado vd. bastante la atencion en lo que llamamos el *peso omnipotente*. La sed de dinero que impulsa y atormenta al yankee y que hace que todo lo posponga á la riqueza, es cierto que es el resorte de esta actividad asombrosa, de esas empresas inverosímiles, de esa superabundancia de fuerzas que levantan montañas y suprimen obs-

táculos. Pero eso mismo da, aún á sus cuestiones de honor, un colorido altamente repugnante para nosotros.

En general, y con pocas excepciones, todo lo que se puede vender se vende; lo mismo el sufragio que la curul; lo mismo la vara de la justicia que la vigilancia aduanal.

En dinero contante se puede apreciar y se aprecia, la honra de la vírgen, una injuria, una bofetada.

En la balanza del amor, ponga vd. seducciones y adulterios, con tal que mantengan el equilibrio en el platillo opuesto, los billetes de banco.

En todos los Estados-Unidos no se pregunta: ¿quién es ese hombre? sino ¿cuánto vale ese hombre? y ese solo rasgo caracteriza la sociedad. Por supuesto que en todo hay excepciones.

La pobreza tiené mucho mayor vilipendio que el vicio. Pocos, muy pocos son los que preferirian ser pobres á ser criminales.

La malaversacion es poca cosa: la estafa no se ve como entre nosotros; si se hace con viveza, importa una recomendacion.

Se provoca el incendio por trasmano para cubrir una quiebra ó para jugar una mala pasada á una Compañía de Seguros.

Entre comerciantes que pasan por pródigos, los hay que hayan tenido cuatro y cinco quiebras. La política, la religion, son negociaciones mercantiles en el fondo.

Las sociedades por acciones difunden la esperanza de riqueza hasta las últimas clases. M. Jaunet valúa en dos mil quinientos millones el monto de las acciones de minas y caminos de fierro, en el año pasado. Esta cantidad se doblará ántes de dos años.



Estas sociedades se prestan á especulaciones desastrosas: es muy comun que los empresarios poderosos acumulen acciones y pongan la ley á los débiles. Este juego se llama *regar el capital* (stock watering): se calcula que en el año pasado, veintiocho compañías pusieron en juego 400 millones de pesos!!

“Se ha notado, dice un escritor americano, que los privilegios de las compañías están en razon directa de los recursos con que cuentan *para comprar diputados*.”

El esplendor con que viven los capitalistas, el hábito de ver caer y levantar á los especuladores, cierta aura, cierto renombre que rodea á los hombres atrevidos, suele producir crisis como la del año de 1869.

Los derroches, los despilfarros, la falta de probidad, se quiere equilibrar ó dicen que se equilibra con las instituciones caritativas, que tienen con esto el complemento de aquella máxima de: “Bueno es encender dos velas, una á Dios y la otra al diablo.”

El juego, como es de suponerse, es la manía, la locura de California, aunque se dice que está prohibido: tal circunstancia influye para que las casas de juego no tengan la apariencia ni el lujo que otros establecimientos análogos; pero en cambio, el consumo de licores exquisitos es extraordinario en esos lugares en que se improvisan y se pierden grandes fortunas.

Cuando terminó el almuerzo, álguien propuso un paseo á pié por el Parque, que fué aceptado con entusiasmo.

El panorama que se veía en aquel lugar delicioso, era encantador.

A nuestra espalda se hundía el sol, sin sus rayos, co-

mo un inmenso globo de oro en un hirviente piélagos de llamas.

A nuestra izquierda y á nuestro frente estaba apiñada la ciudad, y se veía como los semblantes de una multitud que invade una altura y se empina para ver pasar algo á sus piés. A nuestro alrededor habia colinas llenas de árboles, y flores, y ondas, que formaban altos médanos y hondonadas de arena, y en una de esas cuencas descollando las delgadas puntas de los pinos, las cúpulas de los robles, y dejando percibir entre los troncos y el follaje, los blancos sepulcros y las soberbias estatuas del cementerio.

Yo caminaba con un anciano español, muy conocedor de las costumbres americanas: viendo mi preocupacion y sabiendo la causa, me dijo:

—¿En qué piensa vd., que le he dirigido dos ó tres veces la palabra y no me contesta?

—Pienso, le dije, en esto que han platicado vdes. sobre el OMNIPOTENTE DOLLAR; ni afectos, ni artes, ni moral, ni nada es posible donde todo está metalizado.

—Hay muchas y muy honrosas excepciones, esencialmente en el Sur; pero en general, es exacta la pintura.

—Figúrese vd., continué yo, que en mi tierra puede decirse que se peca por el extremo contrario. *Contigo pan y cebolla* es comedia que se representa con más frecuencia que la conveniente; es característica y universal la fórmula de la madre de familia respecto de su hija: *Yo quiero para mi hija un hombre de bien, que la ame mucho*. Nada más frecuente que la espera de cinco y seis años para que mejore de fortuna el amado del corazón de una jóven. Nada más vulgar que en los frecuentes cambios de fortuna, consecuen-



cia de las vicisitudes políticas, ver trasformar á la mujer exigente y antojadiza, en sufrida y llena de abnegacion; nada nos parece más cotidiano que la pasion vehemente de una beldad llena de encantos, por un escribiente de oficina, sin un cuarto, miéntras la rodean con sus seducciones los hombres del poder y del oro; no, en ese punto, México es adorable, y sus mujeres, las primeras de la tierra.

—Pues para que vd. vea, dijo el español, hasta dónde destruye los vínculos más sagrados el amor al dinero, voy á contar á vd. una de mis primeras y más hondas impresiones en los Estados-Unidos.

Visitaba con cierta intimidad, en uno de los Estados del Norte, una familia compuesta de cinco personas. El padre de la casa, agente de negocios; la mamá, frondosa y frescachona; dos hijas como dos perlas, Katy y Mary, y Jhon, jóven elegante, de los típicos del mundo elegante.

Tomábamos juntos el *the* todas las noches; el papá se iba al Club, en seguida, con sus amigos: una chica se acuartelaba con su novio en un extremo de la sala; la otra tocaba al piano con desgano; dos ó tres amigos leían sus periódicos, tendidos bocarriba sobre sus asientos.

La noche del suceso que voy á referir á vd., despues de tomar el *the* el papá en la mesa, sin mantel, con una pequeña servilleta blanca y encarnada y unos cuantos bizcochos, se sentó en cuclillas, dando la espalda á la chimenea que ardia.

Jhon estaba á poca distancia del papá, y el reflejo de la chimenea daba en sus lustrosos botines, cosidos en la pala con seda, haciendo curiosas labores.

—Rico calzado, dijo el papá, dirigiéndose á Jhon, y debe ser costoso.

—Muy costoso: yo lo sé, puesto que á mí solo me cuesta mi dinero.

—Es brusco el muchacho, nos hizo notar el papá.

—Oh! no, señor, es franco, dije yo . . . mortificado de la respuesta, y queriendo borrar su impresion.

—El es así: gasta, dijo su padre; pero en la casa come desafortadamente, mortifica á sus hermanas, que todo se lo hacen de balde, y es insoportable con los criados.

—Como que no habrá vd. visto casa como esta, me dijo Jhon, ni mujeres más abandonadas, ni comida más detestable, ni criados más estúpidos.

—Eso tiene un remedio, hijo mio: el hotel. Vete por allá y serás servido á las mil maravillas.

Oia yo con infinito disgusto aquel diálogo, sin saber cómo cortarlo.

—Por supuesto, que si desde ahora me voy al hotel, figure vd.: por veinte reales, buenas piezas, excelente comida, baño, entrada libre. Queda vd. entendido, querido papá: me marcho al hotel.

Reinó profundo silencio despues de este diálogo: yo, sacando fuerzas de flaqueza, hablé de viajes, de modas, de teatros; pero suponía que estaban al hacer explosion los disgustos, que como negras nubes, estaban amontonadas en aquel sitio.

Jhon se acababa de poner los guantes, tiró de su cordoncillo del puño para sujetarlos, tomó su baston y su sombrero, y se despidió, tarareando alguna cancion entre dientes.

La mayor parte de las casas americanas tienen el porton á la calle, y una escalerilla que da á la banquetta: pisaba ésta Jhon, cuando el papá, desde el primer escalon, le decia: